

»el amor y la cólera.» Triunfó del amor cambiando de objeto y dirigiéndolo enteramente á Dios; triunfó de la cólera *sujetando su corazon con las dos manos*, como decia algunas veces, para contener la impetuosidad de su carácter (1); y esto fué lo que le valió tantas gracias, conforme á su máxima favorita, «que el que mortifica mas sus inclinaciones naturales, atrae mas las inspiraciones sobrenaturales.» (2) «Largo tiempo, dice la santa Madre Chantal, tuvo que luchar con sus pasiones, pero á fuerza de generosidad las venció de tal suerte, que le obedecian como esclavas, y al fin no se reconocia de ellas casi ninguna huella.» Dios habia ordenado tan bien todas sus inclinaciones segun la razon y la ley del Evangelio, que no hacia ninguna accion que no estuviera acompañada de alguna virtud cristiana, y habia limpiado tan perfectamente su corazon de todo afecto terreno, que pudo decir con verdad (3). «Yo quiero pocas cosas; lo que quiero, lo quiero muy poco; no tengo casi deseos, y si volviera á nacer no tendria ninguno. Si Dios viniera á mí, iria tambien á Él; si no venia, me mantendria allí, sin pedir ni rehusar nada, sin entretenerme con ningun deseo, sino queriendo lo que Dios quiere.»

Esta era la doctrina que el santo Obispo inculcaba con mas frecuencia á sus amadas hijas de la Visitacion. «Es preciso, les decia (4), renunciar á todo, primero á los bienes exteriores, como las casas y propiedades, los parientes, amigos y conocidos; luego los bienes del cuerpo, como la salud, la hermosura, las comodidades y los gozces de los sentidos; despues á los bienes imaginarios que dependen de la opinion de otros, y se llaman gloria, honor, reputacion; y por último á los bienes del corazon, que son los consuelos espirituales. Es preciso entregar

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. V, s. XXIX.

(2) *Idem*, p. X, s. I.

(3) Conferencia XXI.

(4) *Idem* III.

»todo eso en manos de Nuestro Señor, para que disponga de ello como le agrade, y servirle con estos bienes igualmente que sin ellos; y estas renunciaciones se deben hacer, no por desprecio, sino solo por abandono en el puro amor de Dios. Jamás, decia, se llegará á la perfeccion mientras se tenga algun afecto por pequeño que sea á alguna imperfeccion, aunque no sea mas que un pensamiento inutil; y no se puede creer cuánto mal causa eso á un alma.... Nuestros afectos son preciosos siempre que sean todos empleados en amar á Dios, y así es preciso cuidar de no emplearlos en cosas inútiles; y una falta, por pequeña que sea, hecha con afecto, es mas contraria á la perfeccion que otras ciento hechas por sorpresa y sin tanto afecto.»

CAPITULO XVII.

Su paciencia.

Muy diferente de los hombres del mundo, Francisco de Sales tenia su dicha en el sufrimiento. «Su fin, decia, es casi el único bien que podemos hacer en este mundo; porque rara vez hacemos algun bien en que no mezelemos algun mal. Además, nuestro Señor nunca está mas cerca de nosotros que cuando sufrimos con paciencia por su amor; vela por nosotros cuando reposamos en paz sobre su seno, y nos hace sacar ventaja de nuestras tribulaciones.... Bienaventurados los crucificados! (1) Una onza de sufrimiento vale mas que una libra de accion (2). Debemos con frecuencia inmolar nuestro corazon á el amor de Jesus en el altar mismo de la cruz, en la que Él inmola el suyo por nuestro amor. La cruz es la puerta real por don-

(1) Dep. de la Santa Madre Chantal, art. 31.—*Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XII, s. I.

(2) Carta DCCVII.—*Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XV, s. XVIII.

»de se entra en el templo de la santidad, y el que le busca fuera de ella no encontrará nunca una sola hebra (1).
 »En este mundo, nuestra herencia está en la cruz; en el otro estará en la gloria.»

Hablándole un día de una persona llena de cruces y aflicciones: «¡Oh! qué feliz es esa querida alma, contestó, en tener alguna cosa que sufrir por nuestro Señor, que ha escogido la cruz para fundamento de su Iglesia y favorece á todos los que la llevan! Puesto que á esa persona no le queda sino poco tiempo de vida, bueno es que ese poco tiempo lo emplee en el sufrimiento..... Amemos nuestras cruces, decia á las almas afligidas (2), pues son todas de oro, miradas con los ojos del amor; y aunque nuestro Señor esté allí como muerto entre los clavos y las espinas, se encuentra sin embargo en ella un tesoro de piedras preciosas, que nos formarán una corona de gloria si llevamos animosamente la de espinas..... Vivid, pues, alegre entre las espinas de la corona del Salvador, y como un ruiseñor en su zarzal, cantad: «¡Viva Jesús!» (3) El tiempo de las aflicciones y de las contradicciones es el tiempo de la bella estación, cuando el alma recoge las mas ricas bendiciones del cielo y practica las mas bellas virtudes (4), y un día de este tiempo es mas provechoso que seis de otro; á la manera que las mejores vides crecen entre las piedras, las mas vigorosas virtudes nacen entre las aflicciones (5), y nunca se practica mejor el amor de nuestro Señor que en medio de las cruces. ¡Viva Jesús! en el Tabor, san Pedro aunque tosco tuvo valor para decirlo; pero, decir ¡viva Jesús! en el Calvario, eso solo pertenece á la Madre y al discípulo amado de Jesús. El corazón que ama no puede menos de amar y

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XV, s. XVIII.

(2) Carta DCCCXXV.

(3) Carta DCGXXVIII.

(4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XI, s. III.

(5) Carta LXXII.

»de aceptar suavemente las flechas que la mano de Dios le dirige (1). Permanezcamos, pues, siempre fijos en la cruz y que cien mil flechas traspasen nuestra carne, con tal de que el dardo inflamado del amor de Dios haya penetrado antes en nuestro corazón! ¡Que esta divina herida nos haga morir de su santa muerte, que vale mas que mil vidas!» (2) «¿En qué, decia en otra ocasión (3), manifestaremos nuestro amor á aquel que ha sufrido tanto por nosotros, sino es en medio de las contrariedades, las repugnancias y las aversiones? Arrojémonos entre las espinas de las dificultades; dejemos que nuestro corazón sea traspasado con la lanza de las contradicciones; comamos ajenos, bebamos hiel y traguemos el vinagre de las amarguras temporales, porque nuestro dulce Salvador es el que lo quiere así. Como las llamas se alimentan entre las espinas, el amor divino crece entre las tribulaciones aún mejor que en medio de las satisfacciones.» (4)

El hábil maestro de la vida espiritual distinguía tres clases de cruces, que apreciaba como incomparablemente mejores que las otras. Las primeras son las que nos importunan y desagradan mas por su frecuencia. «Las cruces que se encuentran en la calle, decia, son excelentes, pero las que se encuentran en la casa valen mucho mas, porque pesan mas; valen mas que los cilicios, las disciplinas, los ayunos y todo lo que la austeridad ha inventado, y en ellas es donde se manifiesta la generosidad de los hijos de la cruz. Las segundas son las que se presentan por sí mismas. Hé ahí, escribia á una persona querida (5), una multitud de cruces que no habeis escogido; Dios os las ha dado con su mano; recibidlas, besadlas y amadlas, que están todas embalsamadas de la excelencia

(1) Cartas DCGXXXIII y DCCCXXXV.

(2) Carta DCXLIV.

(3) Dep. de Bissel.

(4) Carta CCXIII.

(5) Carta LCIII.—Dep. de la santa Madre Chantal, art. 28, p. 79.

»del lugar de donde vienen (1), y en ellas es donde mas se
 »encuentra el beneplácito de Dios. Amo infinitamente mas
 »el mal que nos viene de nuestro Padre celestial, que el
 »que viene de nuestra propia voluntad.» El santo Obispo
 explica mejor aún su pensamiento en uno de sus sermo-
 nes, en el que comenta aquellas palabras de nuestro Señor:
 «*Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz. Tomar*
 »su cruz (2) es recibir y sufrir con una entera sumision
 »todas las penas y contradicciones, todas las aflicciones y
 »mortificaciones que nos suceden en esta vida, grandes ó
 »pequeñas, conformes ó contrarias á nuestros gustos, sin
 »ninguna escepcion. Quisiéramos escojer nuestras cruces,
 »tener otra diferente de la nuestra, llevar una cruz pesada
 »que tuviera siquiera algun descanso, mas bien que una
 »mas lijera que fatiga por su duracion: pero esto es una
 »ilusion, porque nuestra cruz es la que debemos llevar y
 »no otra, y su mérito no está en su calidad, sino en la
 »perfeccion con que se lleva. Hay con frecuencia mas vir-
 »tud en no decir una palabra prohibida, en no levantar
 »los ojos con una mirada curiosa, que en llevar un cilicio.
 »La condescendencia con los caracteres de los demas, la
 »dulce, pero justa tolerancia con el prójimo, he ahí, de-
 »cía, mis virtudes predilectas. ¡Oh, cuánto mejor es aco-
 »modarse á los demás que querer inclinar á los otros á
 »nuestro génio y opiniones!»

La tercera clase de cruz mas especialmente amada por
 el corazon de San Francisco de Sales, era la injusta perse-
 cucion. Le preguntaban un día (3), cuál era, entre las ocho
 bienaventuranzas, la que le parecia mas escelente, creyen-
 do que iba á contestar que la segunda: *Bienaventurados*
los mansos; pero contrariamente á lo que esperaban, con-
 testó: «Bienaventurados lo que sufren persecucion por la

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, sec. XXIV; p. XVIII, sec-
 cion VII.

(2) Sermon para el día de San Blas.

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, sec. XXXIX; p. XIII, sec-
 cion XXVIII.

»justicia. Esta bienaventuranza colocada la última, es la
 »primera en mi estimacion, y la considero como la sobe-
 »rana dicha de la vida presente, porque los que son per-
 »seguidos injustamente tienen mayor semejanza con el
 »Salvador y llevan una vida oculta con Jesucristo en Dios:
 »parecen malos y son buenos, muertos y están vivos, po-
 »bres y son ricos, locos y son cuerdos, detestados de los
 »hombres, pero bendecidos por Dios.»

La vida del santo Obispo estaba en un todo conforme
 con estas bellas doctrinas. Siempre se le veia prestarse
 con gusto á las importunidades de los que querian hablar-
 le, sin manifestar jamás ninguna pena por ser interrumpido
 continuamente en medio de sus mas graves ocupa-
 ciones. Consideraba todos estos contratiempos enviados
 por la Providencia, que los permitia y ordenaba, y los
 aceptaba con amor sin perder nada de la serenidad de su
 alma ni de su rostro.

Este hombre tan bueno tuvo enemigos y perseguidores
 que le contrariaron, que censuraron sus acciones mas san-
 tas, y le dirigieron ásperas reconvenciones y palabras des-
 atentadas. Dios, sin duda, lo permitia así para hacer res-
 plandecer la virtud de su siervo; no oponiendo Francisco á
 todos estos ataques sino palabras llenas de fe y de dulzura,
 que revelaban un alma libre de toda hiel y amargura.
 «Es preciso, decia, compadecerse de la debilidad humana;
 »¿qué sería de nosotros si Dios nos tratase sin compasion?
 »Las persecuciones son partículas de la cruz de Jesucristo,
 »y no se debe perder la menor de ellas.» (1)

Habiendo un dia ido un acreedor á pedirle el pago de
 una suma considerable, de la que se habia hecho fiador
 por un caballero amigo suyo, que estando en el ejército
 no podia ir á pagar su deuda, el santo Obispo le manifestó
 con la mayor dulzura posible, que la fortuna del caballero
 era muy superior al crédito, y que por lo tanto no habia
 peligro de perder ni el capital ni los réditos, rogándole

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. XV.

tuviera paciencia hasta su vuelta. El acreedor, sordo á estas razones, gritó, alborotó y quiso ser pagado en el acto. «Pues bien, dijo Francisco, no os pido mas que el tiempo necesario para escribirle y tener su contestacion, y seréis pagado.—No quiero esperar, replicó, y espero ser pagado hoy mismo.—Señor, dijo el santo Obispo con admirable mansedumbre, ¿tendréis valor, en vez de alimentarme como mi feligrés, de quitarme el pan de la boca? Escasamente poseo lo necesario para mi subsistencia, y nunca he tenido en mi poder la suma que me pedís; pero si quereis reclamar de mí antes que del principal deudor, os abandono todo cuanto tengo, hasta mis muebles, para que los vendais; solo os pido que me ameís por Dios y no lo ofendais con cólera, ódio y escándalo; hacedlo así y quedaré contento.—Todo eso es charla cortesana, replicó el acreedor, y siguió irritándose y vomitando mil injurias.—Señor, dijo Francisco con serenidad, voy á hacer todas las diligencias posibles para satisfaceros; pero quiero que sepais que, si me hubiéseis sacado un ojo, os miraria con el otro tan amorosamente como si fuérais mi mejor amigo.» El santo Obispo escribió al punto al caballero, el cual acudió á pagar su deuda; y el acreedor, confuso por su falta, volvió á pedir perdon á Francisco, que le recibió con los brazos abiertos y le siguió amando despues con particular ternura, llamándolo su amigo reconquistado (1).

Otras veces el santo prelado preferia mas oponer á las injurias el silencio, «porque, decia, no conozco mejor remedio en las contradicciones que no hablar, no manifestar ningun disgusto, y conservarse con una gran dulzura para con aquel que nos ha ofendido. Por poco que se diga, el amor propio siempre dice demasiado, y deja escapar palabras tan mal digeridas, que dejan en el corazon una amargura que dura todo el resto del dia. Cuando no se dice nada, se sonrie de buen corazon y se deja pasar el

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. VII.

«chubasco, se espanta la cólera, se desconcierta la indiseccion, y se tiene mucho tiempo el corazon alegre.» (1)

La paciencia del santo Obispo estuvo tan á prueba de las enfermedades como de las injurias. Este hombre, de una constitucion tan sana, tuvo que tolerar en sus últimos años muchas enfermedades corporales; y en medio de sus dolores, se le vió siempre tranquilo y resignado, sin que se notase jamás en él una palabra de queja ni un aire de tristeza y contrariedad. Consideraba que Dios le hacia una gracia muy grande enviándole sufrimientos, «porque, decia, que no haciendo mucha penitencia voluntaria, es bueno que haga un poco de la necesaria.» (2) Escuchemos lo que dice Mr. de Belley sobre este asunto. «Todos los que le han visto enfermo, dicen, cuentan maravillas de su dulzura y de su indiferencia en los sufrimientos. Tenia en medio de sus dolores una paciencia mezclada con tanto amor y dulzura, que no se le oyó nunca manifestar el menor deseo que no fuese conforme con la voluntad de Dios, ni echar de menos en manera alguna los servicios que hubiera podido hacer á Dios y al prójimo teniendo salud. Quería sufrir porque tal era el beneplácito divino. El sabe mejor que yo, decia, lo que me conviene. Hágase lo que sea mas agradable á sus ojos. ¡Oh, Dios! que se haga vuestra voluntad y no la mia. Sí, Padre celestial, así lo quiero, porque os agrada. Señor, quiero que vuestra ley y vuestra voluntad estén para siempre grabadas en mi corazon.» A la pregunta de si queria tomar una medicina, beber alguna bebida, ser sangrado, respondia: «Haced lo que querais, Dios me ha puesto á la disposicion de los médicos;» y consecuente con esto, aceptaba todo lo que le ofrecian con una sencillez de obediencia incomparable. Si se lo preguntaban, decia sencillamente su mal, sin exagerarlo con quejas excesivas ni disminuirlo con disimulo, considerando lo pri-

(1) *¿Cuál es el mejor gobierno?* por el P. Binet, p. 196.

(2) *Juan de San Francisco*, p. 411.

mero cobardía y lo segundo doblez; y aunque la parte inferior de su alma estuviera bajo el peso del dolor, la serenidad de la parte superior se reflejaba en su rostro y sobre todo en sus ojos, en medio de las nubes del sufrimiento (1). Convencido, como escribía á la santa Madre Chantal, que sufriendo se sirve á Dios mas perfectamente que obrando; persuadido además de que sus sufrimientos eran poca cosa comparados con lo que merecía, y sobre todo con lo que nuestro Señor había sufrido por él, nunca queria pedir su curacion. «Nunca, decia (2), tendré valor de pedir á nuestro Señor que cure mi dolor de cabeza por el mérito de aquel que sufrió en la suya adorable, que cure mis ojos por los sufrimientos de los suyos en la cruz, y que me vuelva la salud en consideracion de sus dolores, como si no hubiera sufrido sino para que no suframos.» El santo Obispo ocultaba sus enfermedades, y las sufría de pié cuanto podia, diciendo que la cama no se había hecho sino para las grandes enfermedades; y cuando el mal le obligaba á guardarla, recibía con agrado y reconocimiento los buenos oficios que le hacían, tomaba sin repugnancia todos los remedios como tambien los alimentos que le presentaban, y se olvidaba en cierto modo de sí mismo, para no pensar mas que en Dios y en sus servidores: en Dios para recojerse en él y en la meditacion de los bienes eternos, y en sus servidores para compadecerse de ellos por el trabajo que les daba el cuidado de su persona.

No por esto se crea que dejara de sentir en su alma una viva oposicion al sufrimiento; pero lo vencía por un esfuerzo de virtud, y practicaba escelerentemente lo que contaba él mismo de otro, persona muy enferma, á la que se aproximaba alabando su constancia, ponderando sus dolores, y admirando su valor, su silencio y su buen ejemplo. «¡Ah, padre mio, esclama esta (3), qué decís! vos no

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. XXII; p. XII, sec. II.

(2) *Idem*, p. XVII, sec. XII.—Carta DCCXXVIII.

(3) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. III.

«veis los combates de mi naturaleza; todo en ella está en desorden y mudado; si me dejara llevar de sus impulsos, gritaria y me impacientaria, murmuraria y maldeciria; pero Dios sella mis labios con un freno que hace que no me queje de los golpes de su mano, que he aprendido por su gracia á amar y á venerar. Soy como aquel profeta á quien el ángel llevaba por un cabello; mi paciencia no está pendiente sino de un hilo muy delgado, y si Dios no me ayudara, quedaria perdido.—¡Ah! dijo el santo prelado cuando se retiró, he ahí la verdadera paciencia cristiana, no solo animosa sino tambien humilde y amante; pero no se lo digais, no sea que se deje llevar de la vanidad, la cual echaría á perder todo el valor de esta gracia, cuyas aguas no se deslizan sino por los valles de la humildad.»

CAPITULO XVIII.

Su igualdad de alma.

Era un espectáculo admirable la igualdad de alma en que se mantenía invariablemente el santo Obispo de Ginebra, no viéndosele nunca desolado por la contradicción, abatido por la tristeza, arrebatado por la alegría, ni arrastrado por la precipitación. Siempre dueño de su corazón y de sus pasiones, tenía en medio de los negocios mas enfadosos, lo mismo que en los agradables, siempre la misma serenidad de rostro y de maneras, de suerte que se decía de él que estaba tan tranquilo, tan dulce, tan modesto, tan en presencia de Dios y tan dueño de sí mismo en cada una de sus acciones, como en el mismo altar (1). En la corte y en las sociedades mas ruidosas á que se veía obligado á asistir, era el mismo que en la Visitación y entre los mas santos religiosos. En medio de la diversidad de situacio-

(1) Dep. de Mocard y de la Madre Chaugy.